

## UN HÉROE AMERICANO

### TRASLACIÓN DE LOS RESTOS DEL GENERAL JOSÉ A. PÁEZ DE NUEVA YORK A VENEZUELA.-SOLEMNE DEMOSTRACIÓN.-PÁEZ EN NUEVA YORK

Su vida.-El hato.- Primeras correrías.- Hazañas.- El ejército -El  
Coplé. Las Queseras.-Carabobo.-Su negro. Su caballo. Mag-  
nanimidad. La primera Lanza americana

Nueva York, 24 de marzo de 1888

Señor director de La Nación:

¿Por qué este sol riente, estas calles concurridas, este fragor de artillería, este clamor de clarines, este ir y venir de los edecanes a caballo? Están llenos de coches los alrededores del cuartel del regimiento 12 de milicias. La mañana está fría; pero la concurrencia es grande. ¿Quién llega, que toda el mundo le abre paso, y nadie le saluda sin cariño? Trae en la mano el tricornio con una pluma negra; ¿cómo puede sostener sobre esas piernas infelices ese torso gigantesco?: lleva con trabajo su pecho hercúleo y sus espaldas anchas; las charreteras se encajan en los hombros, como las guardas de plata en la esquina de un misal antiguo; la cabeza es redonda, cana y al rape: quien ha visto los de un toro a punto de arremeter ha visto sus ojos; pero como se ha codeado de cerca con la muerte, como han caído a sus pies, sonriendo y aclamándolo, sus escuadrones, como ha conquistado en el peligro su grandeza, templada los ímpetus de su mirada una magnífica benignidad: los ojos son viscosos, turbios, como estrellados: le caen por ambos lados de la barba dos bigotes mandarines, negros: ¿quién es, que nadie lo ve pasar sin admiración?: ¡es Sheridan, que como Sherman, el que ayudó a Grant a cerrar sobre Richmond la confederación exangüe;-como John Sherman, su hermano, candidato hábil a la presidencia;-como Sickles, el que de una arremetida arrebató a los confederados la victoria de Gettysburg, y volvió con una pierna menos, pero con la gloria; como Flower, que empezó de calles y es ahora poderoso empresario; como Hewitt, que disputa a Depew la representación del espíritu yanqui en la lucha vecina contra el europeísmo vencedor; como cien más, honra del congreso y la iglesia y la banca y el ejército y la república, han venido a acompañar, sin miedo al frío que muerde, hasta el muelle donde una lancha los llevará al buque de guerra que los transporta a Venezuela, los restos, harto tiempo solitarios, de José Antonio Páez, de aquel que sin más escuela que sus llanos, ni más disciplina que su voluntad, ni más estrategia que el genio, ni más ejército que su horda, sacó a Venezuela del dominio español en una; carrera de caballo que duró dieciséis años.

Allá va por la Quinta Avenida la procesión. Ayer estuvo su féretro, expuesto con guardia de honor en la Sala Consistorial, que tiene de años atrás en sus paredes el retrato del llanero, vestido ya de persona mayor: la cabeza bien sentada, de pelo cano y crespo, boca benévola y sensual, y ojos radiantes y maravillosos: cadena de oro por toda la pechera: chaleco blanco: ¡no había sobre

el ataúd más que cinco coronas! Allá va la procesión, que a las diez salió del cuartel, y a las cuatro llegó al muelle.

La policía montada la abre: la manda Sickles, desde un carruaje abierto, con su capa azul sobre los hombros, y su muleta al lado: siguen; las baterías, con sus obuses relucientes; batallones de tropa de línea; regimientos de la milicia de la ciudad: Sheridan a la cabeza de los húsares: la milicia del séptimo, que es el lujo de Nueva York, guardando el carro fúnebre, el carro negro. Sherman y los comisionados de Venezuela, los generales, los magistrados, los representantes, los ministros, los cónsules, los neoyorquinos ilustres, los hispanoamericanos fieles, en doble hilera de carruajes. Las músicas vibran. Las venezolanas saludan desde un balcón con sus pañuelos.

Las aceras están llenas de curiosos. ¡Esa música heroica, ese estruendo de cureñas, ese piafár de la caballería, esos uniformes galoneados, esos carruajes de gente civil, son cortejo propio del que con el agua al pecho y la lanza en los dientes salió de los esteros del salvaje para ganar en la defensa de la libertad los grados y riquezas que otros ganan oprimiéndola y morir al fin recomendando a sus compatriotas que "como no sea para defenderse del extranjero, jamás toquen sus armas"! Erró después: creyó que el brazo es lo mismo que la frente, vencer lo mismo que juzgar, pelear lo mismo que gobernar, ser caudillo de llaneros lo mismo que ser presidente de república; pero ¿quién que sea digno de mirar al sol verá antes sus manchas que su luz? Cuando loan hoy aquí en lengua extraña sus hechos extraordinarios ¿no los loaremos en la misma lengua en que él dijo ¡Desnúdense! en el Coplé, y en las Queseras ¡Vuelvan caras! ¡Recuérdese a los héroes!

Bien lo recuerdan aquí sus amigos de antes, que son hoy magnates de la banca, columnas de la religión, cabezas de la milicia, candidatos a la presidencia de la república, y oyeron con asombro en su mocedad las proezas del llanero épico que con la hombría de su trato supo más tarde, en su destierro de veinte años en Nueva York, mantener para el hombre resignado la admiración que despertó el guerrero. "Todavía nos parece verlo, dicen, cortés y verboso, más instruido en batallas que en leyes, puntual en sus citas, muy pulcro en el vestir, lleno de generosidad y de anécdotas, amigo de las damas y del baile, sin que lo de general y presidente se le viera más que en algún gesto de imperio de la mano o en alguna centella de los ojos". ¡Aún recuerdan al prócer arrogante que en las noches de invierno les contó las guerras increíbles de aquellos hombre que cargaban, como Sánchez, un cañón a cuestras, de aquellas mujeres que decían a sus esposos, como la de Olmedilla: "Prefiero verte revolcar en tu sangre antes que humillado y prisionero"; de aquellos jinetes que amansaban al amanecer el potro salvaje con que a la tarde iban dando caza, asta contra anca, al enemigo.

Así quisieron sus amigos de antes despedir con majestad al que tantas veces les apareció con ella. Así honró a aquella lanza incansable el pueblo que se opuso, por razones de conveniencia, a que con la redención de las Antillas coronara su obra.

Nadie comenzó su vida en mayor humildad, ni la ilustró con más dotes de aquellas sublimes que parecen, con el misterio de la vida, venir a los hombres privilegiados del espíritu mismo de la tierra en que nacen. Vio la luz a la orilla del agua en que había de librar en ella batalla de caballerías, como en la tierra firme. Que comer tenían sus padres; pero no más. Le enseñaron con sangre, en

la escuela de la Sra. Gregoria, la doctrina cristiana y los palotes de Palomares: cartuchos de pulpería y panes de azúcar fueron sus primeras armas, cuando sirvió a su tío el pulpero, de mancebo, y por la tarde le ayudaba a sembrar el cacaotal: pasó la mocedad de peón de hato, trayendo y llevando camazos de agua caliente, para que se bañase los pies el capataz de pelo lanoso que no veja con gusto su cabello rubio: a lomo pelado, sin más rienda que las crines, salió a la doma del potro salvaje, rebotando, mugiendo, salvando quebradas, echado al cielo, volando: escarmenaba cerdas para los cabestros o echaba correas a la montura en los pocos ocios que le permitía Manuelote, sentado en su cráneo de caballo o en la cabeza de un caimán, que eran allí los únicos asientos: "yo no le pregunto si sabe nadar", le decía Manuelote, "lo que le mando es que se tire al río y guíe el ganado": su comida era un trozo de la res recién muerta, asada al rescoldo, sin pan y sin sal, y el agua de la "tapara" la bebida, y la cama un cuero seco; y el zapato la planta del pie, y el gallo el reloj, y el juez la lanza; cantó a la puerta de su novia, en los domingos y en las fiestas, aquella poesía selvática y profunda que suele interrumpir el rival celoso con otra poesía, y luego con la muerte: y de pronto, así como los llanos chamuscados y sedientos, albergue sólo del cocodrilo moribundo o de la víbora enroscada, surgen a las primeras lluvias cubiertos de lozanía, fragancia y verdor, y el potro relincha, y el toro renovado se encela, y cantan los pájaros, esmeraldas aladas, y todo entona con estallido y chispazos, el venturoso concierto de la vida, así el alumno de la Sra. Gregoria, el criado de la pulpería, el que traía y llevaba los camazos, pone el oído en tierra, oye a lo lejos, convocando al triunfo, los cascotes del caballo de Bolívar, monta, arenga, recluta, arremete, resplandece, lleva caballo blanco y dolmán rojo, y cuando se le ve de cuerpo entero allí está, en las Queseras del Medio, con sus ciento cincuenta héroes, rebanando enemigos, cerrándolos como en el rodeo, agujoneando con la lanza, como a ganado perezoso, a las hordas fatídicas de Morales. Pasa el río: se les va encima: los llama a pelear: les pica el belfo de los caballos: finge que huye: se trae a las ancas toda la caballería, "¡vuelvan caras!" dice, y con poco más de cien, a la luz del sol, que volvió a parar su curso para ver la maravilla, ¡clavó contra la selva a seis mil mercenarios, revueltos con el polvo, arrastrados por sus cabalgaduras, aplastados por sus cañones, caídos sobre sus propios hierros, muertos antes por el pavor que por la lanza! Así venció en su primera pelea formal, en la Mata de la Miel: así en la última, trece años después; cuando aseguró la independencia del continente en Carabobo. "¡A vengar mi caballo!" dijo en la Mata, y se trajo sin jinetes, porque a lanzazos los sacó de las sillas, todos los caballos de López! "¡A vengar a mi negro Camejo!" dijo en Carabobo: carga con sus seiscientos, gana la rienda y rompe al enemigo, vuelve con todas las lanzas coloradas, ¡y es libre la América!

Tres años sirvió de soldado en la primera guerra, y cuando en sus filas no había llegado más que a sargento, en las del enemigo, triunfante en 1813, lo querían para capitán de caballería. ¿No era él quien desmontaba en un encuentro a treinta jinetes? ¿"el tío", "el compadre", "el mayordomo" de los llaneros? ¿el que por generoso los deslumbraba, y por astuto y por fuerte? ¿el que veía de una legua, clavaba de un saetazo al puerco montés, domaba al potro con mirarlo fijo, volcaba el toro de un tirón de cola? Pero él se escurre por un lado del monte, a ser capitán de los patriotas, que a poco se le cansan, y ya no son mala que veinte, y luego dos, y luego él solo. Le quitarán la espada con engaño, ¡porque frente a frente, ni el pueblo entero de Canaguá se la quitaría! Lo cargarán de grillos en Barinas: "¡A mí los más pesados!" Lo habrían matado de noche, como a todos los

presos, a lanzazos, si con sus ruegos y los de un amigo no ablandase el corazón del carcelero, que le quitó los hierros. ¿Adónde irá ahora Páez? ¡a buscar su caballo y sus armas, para venir, él solo, a rescatar a sus compañeros! "¿Quién vive?" le grita la guardia. "¡El demonio, que pronto vendrá a cargar con ustedes!" Vuelve riendas: "¡Adelante!" grita a un batallón invisible. La guardia se echa por tierra. De un planazo se concilia al alcaide dudoso. Saca libres a ciento quince presos. Abre otra cárcel, llena de mujeres.

Sin más compañero que un gallardo español que no le conoce, y a quien dará después su bolsa, como para castigarse por haber pensado en cobrar en él toda la ofensa de que viene lleno, sale otra vez, sin afectar el sacrificio cierto del pueblo de Barinas, que lo aclama por jefe, a levantar ejército allí donde la libertad está, más segura que en las poblaciones, en los llanos: en los llanos, leales al rey; ¡pero él levantará ejército! Sus primeros soldados son cinco realistas que le intiman rendición. Luego saldrá al camino, puesto en apuros para demostrar a los cinco reclutas cómo es verdad que tiene, por lo cercano, una compañía que nunca llega: topa con una banda de indios: los aterra: los hace echar al suelo las flechas: con todas ellas y los arcos ata un haz: y se lo echa a la espalda, y entra en el pueblo con los indios cautivos. Con los llaneros que desprecia García de Sena organiza en Mérida su primera compañía.

Con los prisioneros de su teniente en Banco Largo monta los "Bravos de Páez"; con el aguardiente y sus palabras enardece de tal modo a los indios de Canabiche, temerosos de la fusilería, que los indios, transfigurados, se pican la lengua con la punta de la flecha, se embadurnan el rostro con la sangre que les sale de las heridas, y mueren abrazados a los cañones.

Cuando no tiene más, sale a campaña con tres lanzas y un fusil; pero si quiere caballos para la gente que se le allega, ¿no van montados los realistas? Si le faltan barcas con que defender el río, ¿para qué están las flecheras españolas, que huyen a cañonazos, corriente arriba? por eso escogió Páez de pinta rucia los caballos de sus mil llaneros, porque los rucios son los caballos nadadores. ¡Ni los hombres, ni las bestias, ni los elementos le habrán de hacer traición!; porque él, que al empezar la pelea cae a veces sin sentido de la silla por la fuerza con que le acomete el deseo de ir a recibir los primeros golpes; él, que en cuanto se ve solo ataca, y en cuanto ataca vence; él, que cegado por el combate, se va detrás del enemigo con un niño por único compañero, mientras su tropa se queda atrás entretenida con el botín; él, que arenga a sus lanzas de este modo en la Mata de la Miel: "¡al que no me traiga un muerto, lo paso por las armas!"; él no humillará jamás a un bravo, ni se ensañará contra el vencido. Al pujante Sánchez si lo sacará de la montura en el asta de la lanza, y como que, cuando lo tiene en tierra bajo la rodilla, "prorrumpie en palabras descompuestas e impropias del momento en que se hallaba", lo rematará de otro lanzazo; pero cuando un patriota sanguinario deshonra sus armas descabezando prisioneros indefensos, ya "al caer la quinta", no puede refrenar la indignación que lo sofoca; para al bárbaro, acude a su superior, defiende a los prisioneros delante de la tropa. "¡No; ni la más estricta obediencia militar,-escribió luego, -puede cambiar la espada del soldado en cuchilla de verdugo!"

Así iba ya, de jefe suelto, algo más libre que al principio de amigos traidores y jefes celosos, a la cabeza de su gente de lanza que le adora, que le para el caballo para pedirle lo que quiere, que le quita de las manos la lonja de carne que se lleva a la boca. Van por los ríos de noche, voceando para ahuyentar a los caimanes, por los esteros cenagosos, sacando a pujo de brazo su animal

ahogado; por los llanos encendidos entre brotes de llamas, turbiones de humareda, bocanadas de polvo. No hay más comida que la res que matan; y los soldados, sin sombrero y vestidos de pieles, se apean, lanza enristre, a disputarse el cuero fresco. La banda sigue al paso, cantando, afilando el chuzo de albarico, asegurando la cuchilla floja. Páez va delante, "descalzo y maltratado de vestido", con unas calzas de bayeta roídas hasta media pierna.

Cruzan los ríos con las armas y la montura a la cabeza: al que no sabe nadar le hacen bote de un cuero: si la carga es mucha, con tiras sin curtir recogen los bordes de una piel, echan lo pesado dentro, y al agua van, con su caballo de una mano y la cuerda en los dientes. Al salir a un yagual, descubren a un hombre encucillado, con las manos en la maraña del cabello, con la mirada fija en tierra: tiene a sus pies, mondados, los huesos de su propio hijo. De cuando en cuando se encuentran, colgada en una jaula o clavada en una escarpia, la cabeza de un patriota frita en aceite: un día, después de vencer, desclavan la cabeza de Aldao, y sale volando un pájaro amarillo, como su bandera, que tenía allí su nido.

¿Qué es Monteverde, qué es Calzada, qué es Correa, qué es Latorre, qué es Boves, qué es Morillo? Cuando aún tienen su plan en el cerebro, ya Páez está a sus talones deshaciéndolo. Adivina todas las vueltas y ardidés del español, y calcula con exactitud los movimientos que deben hacer de sus defectos y virtudes. Obedece a sus presentimientos y se salva.

Al azar nada fía, y lo prevé todo antes de empeñar el combate; pero ya en él, no pierde un gesto. Improvisa recursos singulares en los instantes más comprometidos. Engaña al más astuto. Siempre le ocurre lo que el enemigo no puede prever. Lleva la carne muerta de tres días, para que no lo delaten los buitres que caen sobre la matazón reciente. Cada encuentro le enseña el modo de vencerlo.

Su estrategia es original, pintoresca y sencilla. Sobresale en simular un ataque, y vencer con otro; en fingir fugas de caballería, partir las fuerzas que le dan caza, y revolver con toda la gente sobre la una, y luego sobre la otra; en sacar al campo al enemigo, de modo que la infantería lo envuelva; en decidir una batalla dudosa con una inesperada acometida. ¡Qué peleas, brazo a brazo, la de la Miel, la de los Cocos, la de Mucuritas, la de las Queseras, la de Carabobo!

Aquellos mil hombres parecen un solo hombre: se tienden por la llanura, galopan al mismo son, ondean como una cinta, se abren en abanico, se forman en una sola hilera, se repliegan anca con anca, desbócanse en cuatro bandas, para revolver a una sobre el enemigo dividido; vuelven a escape del triunfo, sacudiendo las lanzas en alto.

No eran aún más que cien, allá por 1814, y ya Páez se iba a citar a combate con baladronadas al jefe realista. El jefe vencido se echaba al río y Páez se echaba tras él, cruzaba el río antes y lo esperaba a la otra orilla, para perdonarlo. Se les caen al suelo los potros moribundos y la pelea sigue pie a tierra; va a venir por aquel lado el español; y lo aguardan hora sobre hora, tendidos sobre los cuellos de los caballos. Los apura el contrario numeroso y pasan la noche hundidos en el estero.

Vienen a cazarlos con barcas y ellos se echan al agua, se acercan a la borda, se zambullen en cuanto luce la mecha del cañón pican con el asta el pecho de los artilleros, toman desnudos, lanza en mano, las flecheras desiertas. Se prepara Morillo, con el favor de la noche, a echarles encima sus fuerzas mayores; y Páez, que no sabe de Aníbal ni de sus dos mil bueyes, ata cueros secos a

la cola de cuatro caballos, y a la vez que echa al aire un tiroteo, lanza a los brutos desesperados sobre el campo español, que presa del pánico levanta tiendas. Si el viento va detrás del enemigo, incendia la sabana, y en medio del fuego espantoso, entre columnas de humo y lenguas de llamas, carga catorce veces la caballería. A Puerto Cabello, entretenido con maniobras falsas, lo asaltan de noche a caballo por el mar, y lo toman. Y cuando en 1818, horas después de abrazar por primera vez a Bolívar, quiere el héroe impaciente vadear el Apure, burlando las cañoneras españolas del Coplé, "yo tomaré las cañoneras", dice Páez: sus bravos se desnudan, y se echan al río con los caballos en pelo y la lanza en la boca; nadan con una mano, y con la otra guían a su cabalgadura; llegan a las cañoneras, saltan del agua al lomo, del lomo a la cubierta, ¡de la cubierta a la victoria! Suyas son. Bolívar, vencedor, pasa el Apure.

Grande era Páez al resplandor de las llamas de San Fernando, incendiado por sus propios habitantes para que Morillo no pudiera hacer de él fortaleza contra los patriotas; grande en los llanos, cuando ijar contra ijar, con luces émulas, centelleándole los ojos, iba su caballo blanco al lado del potro rucio de Bolívar; grande en las Queseras, tundiendo a los de Morales con el cuento de la lanza, cuando de herir a los seis mil con sus ciento cincuenta, ya se le había embotado al asta el filo; grande en Carabobo, cuando señalándole al contrario por su penacho rojo, que acude de sus infantes abatidos a su caballería desordenada, ve venir al "primero" de sus bravos, al negro Camejo, cuyo caballo, muerto como su amo, cae de rodillas, a sus plantas: de un vuelo del brazo cita a los jinetes que le quedan, ¡y cuando un realista compasivo lo levanta del síncope que lo ha echado por tierra, del poder de España en América no quedan más que los cascacos, rojos por la sangre que empapa la llanura, de los caballos de Valence y de Barbastro! Pero el llanero criado en el mando de su horda omnipotente jamás fue tan grande como el día en que de un pueblo lejano mandó llamar al cura, para que le tomase, ante la tropa, el juramento de ser fiel a Bolívar: ni aquel guerrero, saludado durante dieciséis años a la entrada de los caminos por las cabezas de sus tenientes en la picota o en las jaulas, venció-nunca tanto como el día en que, roto con honor el último acero de España en Puerto Cabello, ni la humilló, ni se vengó, ni le colgó en jaula la cabeza, ni la clavó en picas, sino que le dio salida libre del castillo, a tambor batiente y bandera desplegada.

Ya llegó al muelle la comitiva, las calles levantaban las cortinas, para ver pasar al extranjero. Las calles pobres, de polacos, de italianos, de negros, se agolpan a oír la música, a "ver lo que es" a alegrar los ojos cansados con los colores de los uniformes, y los penachos, y la caballería. Los niños aplauden desde las ventanas a los veteranos mancos. A un negro colombiano, que se abrió paso al borde de la acera, le corren las lágrimas a hilos. Se forma en línea la milicia, las baterías, el escuadrón de húsares. ¿Es que lo quiere así el alma piadosa, o es que de veras, al sacar del carro fúnebre el ataúd, parece el aire como más luminoso, y los caballos no piafan, y no se oye más que el silencio? Ocho marinos lo cargan en hombros. "¡Cerca, mi Dios, de ti!" toca la banda: Sherman baja los ojos. Sheridan levanta la cabeza. ¡Todos los sombreros en las manos!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 13 de mayo de 1888